

Encontrada hiena diminuta y osos hormigueros como hormigas
SAN SALVADOR.- En las excavaciones realizadas en un rancho de Texas, científicos de la universidad de San Salvador han encontrado una hiena de tres milímetros de envergadura, según recoge la revista Mandarinese Science. En otra investigación, etólogos mapuches examinan una rara colonia de *Myrmecophaga tridactyla* que se comporta como las hormigas que, habitualmente, predan.



La hiena y las hormigas

Un cuento para niños, niñas y biólogos moleculares,
de Antonio Oria de Rueda

Mi apellido es Migo. Este apellido, su consonancia con Amigo y con Tigo, me ha modelado un poquito el carácter.

Me llamo Migo. Or Migo. Y soy una formidácea, del orden de los himenópteros, de la clase de los insectos. O así.

Me llamo Or Migo, y soy feliz.

Somos unos animales muy sociales, y nos gusta hacer las cosas todas juntas. A mí, sin embargo, me suelen tachar de extravagante, porque me gusta salirme de la fila, y vagar por ahí fuera. Así que tampoco me enoja, cuando me dicen extravagante.

A la hiena, no le gustan las hormigas extravagantes. Cuando un hormiguero se pone extravagante, entonces la hiena manda a sus osos hormigueros, para que lo pongan en orden. El caos en que se convierte un hormiguero cuando lo huellan los osos hormigueros, es difícil de contar a quien no lo haya visto más que por la televisión.

Otras veces, la hiena destroza hormigueros, porque dice que guardan instrumentos peligrosos; pero, desbaratados, ahí no hay más que hormigas descuajeringadas, celdas y vidas rotas, y granos y espigas echadas a perder, y otras cosas normales y corrientes.

Educar(NOS) ----- caso abierto

Los osos hormigueros expresan un gen bruto que los desboca, y los hace cambiar de forma y sustancia. Esto los vuelve especialmente peligrosos, en las tierras de por aquí. Una vez, un oso hormiguero mudó de hormiga descomunal a cría de hiena contrahecha, en cosa de un maldito atardecer.

La hiena solía decir que, en sus golpes de hormiguero, no había derramamiento de sangre. Pero de la hemolinfa, no decía nada.

La hiena había sido alcohólica, pero ahora era muy temerosa de dios. Un dios modelado a imagen y semejanza suyas.

A las hormigas más malas la hiena las encierra en una isla en mitad del río, les ata las antenas y las tira de las patas. Las demás hormigas, nos callamos y miramos para otro lado.

La hiena se reía, nadie sabía de qué. La hiena, sí. La hiena sí sabía de qué se reía.

Me llamo Or Migo, y soy cantidad de feliz.

A los himenópteros en general, y a las hormigas en particular, nos gustan mucho las historias. Nos gustan tanto, que se podría decir que vivimos de ellas, más que de los granos y las espigas que acumulamos en el granero. Un buen relato, un mundo excitante que habitar, una historia conmovedora, nos coloca las antenas en revolución, nos hace agua la glándula metapleurál.

Eso lo sabe la hiena. Por eso, ha prohibido todos los cuentos de nuestros hormigueros. Y nos hace llegar, directamente a las antenas, sus cuentos. Solo sus cuentos. Solo los que cuenta ella. En el mundo, no hay más relato que los que imaginan los cuentistas de la hiena. Son soldados especializados en estas ficciones, y en llenar de dulces feromonas de propaganda las galerías de nuestros hormigueros.



El abuelo despreciaba a la hiena. Cuando yo era chiquitín, a punto de eclosionar, el abuelo llegaba, me cambiaba de cámara a otra más calentita, y me arrojaba con la tierra. Mientras golpeaba suave con sus tarsos delanteros mi exoesqueleto, me contaba, de antena vencida a antenita exarada, una frase misteriosa: "algún día, las hormigas narrarán sus historias con una sola boca". Yo no podía entender nada de eso. Para empezar, las hormigas no hablamos por la boca, sino por las antenas. Para seguir, las hormigas ya tenemos todas una boca. Con sus mandíbulas y su clipeo. No entendía nada.

Muchas hormigas quieren a la hiena, y lo que la hiena significa. Solo entienden los cuentos de la hiena. Y nunca salen de la fila. Me miran con ribetes de tierra contenida, sus ojitos hundidos y sus antenas flácidas.

En los cuentos de la hiena, las mandíbulas sirven para morder al prójimo, para cavar trincheras y para acarrear los granos. Una vez pregunté porqué, entre hormigas, no chocábamos las mandíbulas. Un hormigo cuadrado, de mesotórax inquietante, me lo explicó: "los que hacen eso, no son hormigas, sino hormigones." Y se reían todos, hasta que se les descoyuntaban las mandíbulas.

Así cuajaba el mundo, todo en su sitio: las hormigas, en hilera; la hiena, vigilándolo todo.

Una tarde del final del invierno, me dejaba acariciar por el solecito, salí a dar un paseo, y me lo encontré.

Se llamaba Evlag, y era el hormigo más bonito que hayas oído jamás.

Ensancho sus mandíbulas, en una sonrisa que desencuadraba el Planeta. Acababa de perder las alas. No tenía el cuerpo más lindo del barrio, pero movía las antenas con la gracia con que se inauguró el Universo.

Pero, lo que me congeló los espiráculos, fue su forma de andar, su manera de moverse en la tierra, fuera del camino, fuera de la fila.

Me acerqué. Las feromonas podían olerse a veinte kilómetros de distancia. (Seguramente, algún oso hormiguero se nos acercaba ya, ame-

Educar(NOS) ----- caso abierto

nazador, en la dirección de esta orla del bosque). Primero, fue un pequeño golpecito.

Luego, mandíbula a mandíbula, un gesto nuevo de calor y cariño. Después, las patas. Sentí el abrazo entregado, de la coxa a la garra. Me temblaba el peziolo, con el rigor con que me lo descubrí por primera vez.

Sin darnos cuenta, nos habíamos acercado al hormiguero. Todavía atados, el rumor de las feromonas lo fue invadiendo, y salió en tropel todo el mundo, los recién llegados, los soldados, las reinas a empujones, los zánganos, las obreras. Se mezclaron las mandíbulas, los garfios y las tibias. Empezó a inundar el aire un olor penetrante a Ser Hormiga, una feromona que disparaba la atracción hasta la alarma.

Desmadejadas de amor, se trababan las hormigas, sin mirar géneros, del funículo al aguijón, componiendo cuerpos y almas en una terrible masa que iba tomando la forma de una hormiga gigantesca, provista de una enorme boca. Así contruidos, nos levantamos ante la hiena. La hiena se rió, dibujando, esta vez, la sonrisa del miedo.

La hormiga gigantesca que componían nuestros abrazos, nuestros besos, nuestros fluidos y nuestras antenas, se irguió amenazadora sobre la hiena, y proyectó su sombra descomunal sobre ella. El sol de la tarde, que ya se despedía, se le eclipsó.

Entonces, atrapada en la sombra viva, la hiena comenzó a menguar. Mermó y mermó, hasta venir en alfeñique.

Al instante, llegaron los osos, rabiosos. Lo que sucedió con los osos fue más insólito: conservaron su forma y sus dimensiones, pero se comportaban, en todo, como una hormiga. Como una hormiga libre.

Me llamo Migo, Or Migo y, ahora, ya sabéis porqué soy el ser más feliz del planeta.

Gracias, Mikie, Leonardo, Corzo, Gerar, Íñigo y Mariano por beberos el cuento y hacerlo más bonito.

